

## LA HISTORIA COMO DISCIPLINA PROFESIONAL

Por MIGUEL ANGEL MARTIN

En el siglo XIX el hecho histórico, escueto y frío, se convirtió en el elemento favorito entre los historiadores profesionales. No cabe duda de que el máximo exponente de esta corriente y tendencia fue el magnífico historiador germano Leopoldo von Ranke, quien a principios de esa centuria exclamó, como protesta contra quienes intentaban utilizar el estudio de la Historia para llegar a conclusiones moralizadoras, que la tarea del historiador era simplemente enseñar cómo ocurrieron los hechos pasados. Por eso en el prólogo de su primer libro escribió lo siguiente: "A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir el presente en beneficio de edades futuras. Este trabajo no aspira a cumplir tan altas funciones. Su objeto es sólo mostrar lo que de hecho ocurrió".

Con Ranke, debido a su pasión por reconstruir el pasado en forma exacta utilizando métodos que por lo general asociamos con los estudios de ciencia, nace la llamada historia científica. Y el sistema estructurado por Ranke contó desde sus inicios con muchos admiradores y seguidores. Pero hoy esta admiración no es comparada por los miembros de la fraternidad histórica.

Todos los críticos de la Historia reconocen el mérito de Ranke en sus esfuerzos por reproducir el pasado tal cual ocurrió. Pero algunos consideran que su preocupación exagerada por la exactitud y su desmedido afán por estudiar sólo los hechos políticos le restan interés y amplitud a sus obras. Hugh Trevor-Roper, el afamado historiador de Oxford, establece una comparación entre Ranke y el más conocido de sus discípulos, el suizo Jacob Burckhardt, quien al morir en 1897 estaba considerado como un historiador de segunda categoría, mientras que todos reconocían la grandeza de Ranke. Burckhardt, quien estudió en Berlín bajo la tutela de Ranke y de Droysen, otro famoso historiador germano, retornó a Suiza al terminar sus estudios y regentó una cátedra de Historia en la Universidad de Basilea. Años más tarde fue invitado a ocupar la cátedra de su maestro Ranke en Berlín pero prefirió quedarse en Suiza y dedicarse a escribir su brillante estudio sobre el Renacimiento italiano.

Según Trevor-Roper, hoy la comparación entre Ranke y Burckhardt no es tan desventajosa para el último, pues a pesar de la enorme contribución de Ranke al desarrollo de los estudios históricos su obra se puede catalogar como obsoleta, lo cual era de esperar. La exactitud siempre es reemplazada por un mayor grado

de exactitud, este es el destino de cualquier ciencia. Por otro lado, la historia que escribió Burckhardt es más amplia, más personal, no obstante sus fallas representadas por su obsesión por la cultura europea, lo que hace desprestigiar a las masas, y su ideología conservadora. Burckhardt no es un historiador científico como Ranke y su profesionalismo no es tan completo como el de éste, pero su perspectiva histórica es más amplia y su visión mucho más clara. Debido a estas cualidades se le puede perdonar su inexactitud en los hechos y sus fallas interpretativas.

Quizás la permanente atracción de las obras de Burckhardt y su amplitud de miras se deban a que el genial historiador suizo no circunscribe su interés a los desarrollos políticos. Ello es consecuencia, indudablemente, de su interés por el Arte y de su preocupación por todas las creaciones del espíritu humano. El jamás separó las actividades políticas de las creadoras en la historia del hombre. Es verdad que su historia se puede llamar anticientífica cultural, pero muchos la prefieren así. La magnitud de la obra de Ranke, por otro lado, nadie osaría negarla. El fue el fundador, el precursor de la historia científica moderna, pero con frecuencia su historia científica, su historia de hechos, es demasiado árida, demasiado seca y exenta de vida y calor humano.

No es de extrañar entonces que el eminente historiador y crítico G. B. Gooch hubiese escrito, en su brillante estudio sobre Historia e Historiadores en el Siglo XIX, lo siguiente sobre los libros de Ranke: "Nos habla menos del pueblo que de sus príncipes, de las condiciones que de los hechos" y por otro lado: "No había nada nuevo en sus máximas de que el testigo más cercano de un acontecimiento era el mejor y las cartas de los actores de mucho más valor que las anécdotas del cronista. La novedad de su método residía en su empeño de captar la personalidad del escritor y en averiguar de dónde procedía su información". Este es el punto clave, allí se encontraba el mérito de Ranke para sus admiradores. En ello y en su afán de consignar los hechos tal como fueron. Su famoso "Wie es eigentlich gewesen".

De acuerdo con otro historiador moderno, Edward H. Carr, tres generaciones de historiadores germanos, británicos y franceses marchaban hacia sus batallas históricas entonando las palabras mágicas: "Wie es eigentlich gewesen", como si constituyesen un encantamiento, con el propósito, que es el de la mayoría de los hechos, de librarse de las fatigantes obligaciones de pensar por sí mismos. Y, por otro lado, los positivistas, ávidos de reclamar para la historia la categoría de ciencia, apoyaron de manera entusiasta este culto al hecho histórico. Primero comprueba el hecho, solían decir, y luego saca las conclusiones del mismo. Era natural que en la Gran Bretaña este enfoque de la Historia tuviese muchos adeptos, ya que coincide con una tradición empírica que domina su Filosofía desde Locke hasta Bertrand Russell.

Muchos historiadores son de opinión que éste era un esfuerzo histórico basado en el sentido común. Para ellos la Historia es un conjunto de hechos determinados que están a la disposición del historiador, ya sea en documentos, inscripciones, monedas, estatuas, etc. El historiador entonces los recoge, analiza y llega a ciertas conclusiones, luego de vadear las peligrosísimas arenas movedizas de la interpretación histórica.

Pero, desgraciadamente, este procedimiento tampoco está exento de errores y peligros, por la elemental razón de que no todos los hechos se pueden catalogar como históricos. Es el historiador quien decide cuál es un hecho histórico. Esta es una aseveración a la cual nunca se le podrá dar el debido énfasis. Todos conocemos la frase que dice "los hechos hablan por sí solos". Mas a pesar de su popularidad, esta frase no refleja totalmente la verdad en el campo de la Historia, ya que allí los hechos hablan cuando el historiador lo decida. Y por ello la capacidad y la honradez del historiador resultan de fundamental importancia. Es él quien selecciona los hechos, quien los escoge y si falta a su vocación puede descartar los más importantes y pertinentes.

Me imagino que en la historia de nuestro país se han presentado muchos casos de disputas por el precio o falta de pago de una tajada de sandía. Mas sólo uno de esos casos reviste de una importancia histórica, pues así lo han decidido los historiadores panameños. El historiador es por naturaleza selectivo y por ello su calidad depende de su inteligente y honrada objetividad. Sin él no hay Historia. La teoría, nos dice Carr, de que hay un cúmulo de hechos históricos que existen en forma independiente y abstracta de la interpretación del historiador es una falacia, a pesar de lo que puedan creer los legos en la materia.

No hay que olvidar tampoco que los hechos del pasado que un historiador moderno tiene a su disposición son muy limitados. Ello es el resultado de ese proceso de selección llevado a cabo por historiadores y cronistas de otras épocas, quienes, como es natural, únicamente hacían énfasis en aquellas fases históricas que despertaban su interés porque consideraban importantes. Y esta limitación estrecha y oscurece la visión de un investigador moderno. Permítaseme una iluminadora experiencia personal.

Por varios años he regentado la cátedra de Historia de la Edad Media Europea en diferentes universidades. Debido a mi interés por este período he adquirido una cantidad apreciable de libros sobre la edad medieval y en mi biblioteca cuento con varios cientos de ellos, escritos por medievalistas de reconocido prestigio. En cierta ocasión me puse a pensar que quizás posea obras fundamentales sobre todos los hechos históricos del susodicho milenio. Pero bien pronto reconocí mi error al percatarme de que los hechos ocurridos durante la primera parte de esta era fueron seleccionados por cronistas que pertenecían a la Iglesia Cristiana de Occidente.

Son ellos los que nos han inculcado el firme convencimiento de que la Edad Media fue una era de acentuado fervor religioso.

Pero, digo yo, ¿fue ello así? Es difícil dar una respuesta adecuada, ya que es muy poco lo que han escrito los nobles, campesinos, siervos y otros elementos de esa sociedad y menos aún lo que ha llegado hasta nosotros de esos escritos. Y estas deficiencias han perpetuado, quizás, muchos errores. Hasta hace poco se creía que los habitantes de la Europa del siglo X veían aproximarse con terror el año 1000, pues de acuerdo con sus creencias el mundo se acabaría en esa fecha. Hoy sabemos que esto es una falsedad histórica. Minuciosas investigaciones han revelado que los que escribieron a fines del siglo X no mostraron ningún temor acerca del año 1000, ya que en realidad no existía ninguna razón para identificar cronológicamente las profecías del Apocalipsis con ese año en particular. Mas cabe preguntarnos, ¿cuántas otras falacias no se mantienen todavía en los libros de texto de todos los países? Todavía hay escritores serios que nos dicen que Isabel la Católica vendió sus joyas para sufragar los gastos de la expedición colombina y que Monsieur Guillotin pereció víctima de la máquina popularizada por él y la cual recibió su nombre. Dos mentiras históricas entre muchas que propalan por allí individuos sin el debido conocimiento histórico.

Y hay muchos otros ejemplos. Nuestras ideas y opiniones sobre la civilización helénica, a cuyo estudio le dedicó tantos años el ilustre humanista que me honro en reemplazar en esta Academia, están condicionadas por el hecho de que las obras que poseemos sobre esa civilización, y especialmente en torno al siglo de Pericles, fueron escritas por un pequeño grupo de personas de la ciudad de Atenas. Poco es lo que sabemos de la forma como pensaba un habitante de Tebas, Corinto, Megara, Esparta, Calcis, Farsala, o cualquiera otra ciudad griega, o lo que pensaban los esclavos de los ciudadanos atenienses.

Con razón decía Lord Acton que un historiador estaba destinado a convertirse en un compilador de enciclopedias por ese prurito de acumular hechos históricos. Y este culto exagerado al hecho durante la pasada centuria fue complementado por lo que podemos llamar un fetichismo documental: la ciega idolatría y veneración por el documento. Para los historiadores el documento constituía el Arca de la Alianza en el Templo de los Hechos. Era como una revelación en el camino a Damasco. Los historiadores que no le rendían este culto al documento perdían rápidamente todo su prestigio profesional, algo que traería, en más de una ocasión, negativas consecuencias.

No deseo que se me interprete mal. El documento es esencial para el historiador, al igual que el hecho histórico. Hace unos meses escribíamos, en el prólogo de un libro que publicamos, que sentíamos una gran admiración por los tres primeros mandamien-

tos que el distinguido historiador francés François Aulard imponía a los estudiantes que tenían el honor de asistir por primera vez a sus clases sobre la Revolución Francesa: "Siempre acudan a la fuente documental; nunca digan nada que no esté basado en una fuente original; nunca escriban nada sin presentar referencia documental". Pero no hay que convertir los documentos en panaceas universales. Ellos, "per se", no constituyen historia. Es el historiador quien los convierte, después de someterlos a un riguroso análisis histórico.

Mas con frecuencia el historiador cae en excesos en su veneración y acatamiento al documento y critica injusta y cruelmente al colega que no adopta la misma actitud. El propio Aulard mostró tal ferocidad y animadversión al atacar el método empleado por Hipólito Taine en sus escritos sobre la Revolución Francesa, sobre todo su inexactitud y el hecho de que su investigación documental es incompleta, que despertó una ola de simpatía por Taine. Albert Mathiez, otro de los grandes especialistas franceses sobre el período revolucionario, quien a pesar de oponerse a lo que consideraba mentalidad reaccionaria de Taine, había valorado en forma más equitativa y generosa su obra, no pudo menos que declarar en una crítica al libro de Aulard, al hacer una sarcástica advertencia a lectores ingenuos, que no debían imaginarse que un escritor es un gran historiador por el mero hecho de no cometer errores sobre referencias documentales.

Uno de los más serios retos lanzados contra los seguidores de Ranke a principios de este siglo fue el resultado de las ideas y escritos del gran historiador italiano Benedetto Croce. Toda historia es historia contemporánea, sostenía Croce, significando con ello que la historia consiste en ver el pasado con ojos del presente y a la luz de sus problemas y, por tanto, la tarea del historiador no consiste en registrar hechos sino evaluarlos, pues si no los evalúa, ¿cómo puede saber cuál de ellos merece registrarse? "Escribir historia", nos dice Croce, "no es imaginación sino pensamiento". Los historiadores que usan su imaginación, continúa Croce, en forma excesiva lo que escriben son trabajos poéticos. El distinguido intelectual italiano condena entonces ese apego excesivo al pasado de Ranke y sus seguidores.

El historiador de la Universidad de Oxford R. G. Collingwood, también a principios de este siglo y quien se inspira en parte en Croce, era de opinión que la Historia no debe concernirse ni con el pasado "per se" ni con lo que el historiador piensa del mismo "per se", sino con ambas cosas en sus relaciones mutuas. Esta teoría refleja, en alto grado, los significados actuales de la Historia, la investigación llevada a cabo por el historiador y la serie de hechos pasados que investiga.

"El pasado que el historiador estudia", opina Collingwood, "no es un pasado muerto sino un pasado que, en cierto sentido, to-

davía vive en el presente. Pero un acto pasado es algo muerto, es decir sin sentido para el historiador a menos que pueda entender el pensamiento, la idea que lo anima". Por tanto, toda historia es historia de ideas y es también la reconstrucción en la mente del historiador de los sucesos históricos que estudia. Esta reconstrucción del pasado está basada en evidencias empíricas, pero no constituye un proceso empírico y no puede consistir en una mera recitación de hechos históricos.

No se puede negar, pues, la estrecha relación entre el pasado y el presente en la historia. Por todo lo anterior se puede colegir que Collingwood le da quizás una importancia exagerada a la interpretación histórica, lo que le ha ganado algunas críticas adversas de historiadores que consideran que niega la existencia de una objetiva verdad histórica, ya que existe, según él, sólo en la mente del historiador. Estas críticas se pueden considerar como bien fundadas. Y por ello es así por la razón de que, de acuerdo con la tesis de Collingwood, si bien la interpretación desempeña un papel importante en el establecimiento y ubicación de hechos históricos y si es cierto también que ninguna interpretación es totalmente objetiva, según esta tesis habría que admitir entonces que la interpretación hecha por un historiador es tan buena como la de cualquier otro y los hechos de la historia en principio no están sujetos a interpretaciones objetivas. Esto es otra indicación de lo peligroso que resulta navegar en aguas históricas, aun para excelentes historiadores como Collingwood.

Es evidente que la meta de todo historiador debe ser la de encontrar un equilibrio entre estas dos teorías históricas que no se pueden sostener, ni aun con el respaldo de eminentes historiadores. Tales teorías son: las que aducen que la tarea del historiador debe ser únicamente hacer una objetiva compilación de hechos ya que el hecho es infinitamente más importante que la interpretación y la que, por otro lado, considera a la Historia como el producto subjetivo de la mente del historiador, quien establece los hechos históricos y los sumerge en el proceso interpretativo.

También podemos añadir las discrepancias de puntos de vista entre los que sostienen que la Historia debe tener su centro de gravedad en el pasado y los que abogan por el presente. Pero lo que descubre cualquier historiador tan pronto empieza a dominar su disciplina es la imposibilidad de establecer primacía entre el hecho y la interpretación, pues constantemente tiene que existir una correlación entre ambos elementos. Lo mismo ocurre entre el pasado y el presente hasta el punto que un historiador ha definido la historia como un permanente diálogo entre el pasado y el presente.

Pero no cabe la menor duda de que el historiador al elaborar sus conclusiones está influido enormemente por las corrientes y las fuerzas del presente. Este es inevitable y bajo esa influencia caen consciente o inconscientemente hasta los historiadores más objeti-

vos y que más se esfuerzan por permanecer inmunes a tales influencias. De todos es conocido el hecho de que Teodoro Mommsen, el historiador liberal germano, desilusionado por el fracaso de las revoluciones de 1848-1849 en los estados germanos, escribió su monumental *Historia de Roma* cuando llegó a la convicción de que la unificación alemana necesitaba de un hombre fuerte que la creara.

Era entonces la época en que se popularizó el concepto de la *Realpolitik* en los estados germanos y en el resto de Europa. Esto explica los elogios ilimitados que le prodiga Mommsen a Julio César en su obra, pues César era el hombre fuerte que había salvado a Roma y cuyo émulo necesitaba Alemania, y sus injustas críticas a Cicerón, una figura histórica que se le ha debido parecer a los insulsos representantes de la Asamblea de Frankfurt. Las condiciones alemanas de su tiempo influyeron en forma decisiva en el enfoque histórico de Mommsen al analizar la historia de la República Romana. Es innecesario decir que el gran historiador liberal jamás imaginó las terribles consecuencias, en nuestro siglo, de esta búsqueda alemana por encontrar el hombre fuerte. Y a nadie se le ocurriría dudar de la calidad de la obra de Mommsen, a pesar de estas fallas.

Y como éstos hay muchos otros ejemplos de cómo el medio influye sobre el historiador. Uno de mis historiadores favoritos, el neerlandés Pieter Geyl, escribió durante la última guerra, cuando sufría horribles persecuciones de los nazis, que incluyeron su prisión en el inhumano campo de concentración de Buchenwald, un brillante trabajo sobre Napoleón. Pero su obra no es una biografía de la gran figura histórica que convulsionó a Europa a fines del siglo pasado, sino un análisis de lo escrito por historiadores franceses, desde Chateaubriand y Madame de Staël hasta George Lefebvre, sobre Napoleón. En este trabajo no sólo analiza la leyenda napoleónica, sino que nos explica, con la maestría acostumbrada, cómo las cambiantes condiciones políticas de la Francia de los siglos XIX y XX y la posición ideológica del historiador influyen en las conclusiones de los diferentes escritores.

En el siglo XIX los historiadores británicos interpretaban el desarrollo histórico como una demostración del principio del progreso. Era lógico que le encontraran este sentido a la Historia ya que su nación atravesaba por un período de casi ilimitada prosperidad. Eran muy dados también a emitir juicios morales sobre el pasado de otros países para demostrar que la preeminencia británica se debía a la superioridad moral de la nación, sobre todo en lo que concernía a sus instituciones políticas y a sus libertades constitucionales. Este tendencia originó lo que se ha dado en llamar la interpretación "whig" de la historia, ya que sus principales exponentes pertenecían o simpatizaban con este partido político. Un historiador de Cambridge, Sir Herbert Butterfield, en un penetrante estu-

dio publicado en 1931, echó por tierra este mito interpretativo.

Después de la Primera Guerra Mundial, cuando la posición de Gran Bretaña en el mundo se había deteriorado en forma alarmante, Arnold Toynbee, el eminente historiador inglés, intentó eliminar el enfoque lineal de la Historia y reemplazarlo por una teoría cíclica. Todos sabemos que Toynbee se inspiró en parte en la obra de Spengler, aun cuando hay que reconocer que como pensador y erudito, Toynbee es infinitamente superior a Spengler. Pero lo importante es hacer énfasis en el hecho de que en el monumental trabajo de Toynbee, *Estudio de la Historia*, donde expone sus teorías sobre esta disciplina, también se nota la influencia de la nación y de la época en que ha vivido.

Pues no cabe duda de que teorías cíclicas de la historia son características de sociedades declinantes. Al finalizar la Primera Guerra Mundial era evidente que el gran poderío socio-económico y militar de la Gran Bretaña empezaba a resquebrajarse, y ello influyó en Toynbee, quien a veces se muestra tan pesimista como Spengler sobre el futuro de Occidente. Este, como ya he dicho, fue influido por la derrota alemana en ese conflicto. Pero esto no es nuevo. San Agustín, a principios del siglo V, escribió su *Ciudad de Dios*, en la cual nos presenta una tesis dentro de su contexto histórico, parecida a la de Toynbee y Spengler, y no cabe duda de que la decadencia del imperio Romano de Occidente influyó sobre su obra. Antes de terminar con Toynbee es bueno notar que pocas veces un historiador ha sido víctima de ataques tan feroces y continuados como los que ha sufrido Toynbee en las tres últimas décadas.

Es necesario hacer énfasis también que entre la gran mayoría de profesionales de la Historia, los sistematizadores como Toynbee ni siquiera son considerados como verdaderos historiadores. Presentar una tesis preconcebida y luego seleccionar evidencias históricas para sostener algo que ya se ha querido aparecer como válido de antemano, es utilizar un método anti-histórico, que excluye a quien lo practica de la fraternidad histórica profesional. A Toynbee y a algunos de sus seguidores se les llama más bien profetas, profetas de la desaparición de la Civilización Occidental y de todos sus valores.

Y ya que menciono a San Agustín, Spengler y Toynbee es necesario analizar una doctrina muy en boga en nuestro siglo y que se asocia con estos nombres. Me refiero a la doctrina del determinismo histórico, que tanto apasiona a los que se dedican a estudiar la filosofía de la Historia. La Filosofía de la Historia, es un término inventado por Voltaire al cual se le han dado diferentes significados. Uno de estos significados es que la Filosofía de la Historia intenta responder a la pregunta: ¿Qué es la Historia? La doctrina del determinismo histórico que se presta para crear mitos en la mente de quienes la apoyan,

De acuerdo con un magistral ensayo sobre la "Inevitabilidad Histórica", producto de la mente del Isaías Berlin, la doctrina del determinismo histórico debe su importancia entre historiadores modernos al ejemplo de las ciencias naturales y el prestigio alcanzado por éstas como consecuencia del gran éxito logrado al clasificar, correlacionar y predecir fenómenos naturales. Esto ha hecho más atractiva la noción de que se pueden descubrir importantes pautas, o una predecible regularidad en la concatenación de hechos históricos.

Y con frecuencia el determinismo histórico se origina, de acuerdo con algunos, como consecuencia de fuerzas metafísicas y religiosas, que nada tienen que ver con las ciencias naturales. La Civitas Dei de San Agustín, que ya he mencionado, es uno de los primeros y más importantes ejemplos en que la Historia se reduce a un predestinado movimiento de fuerzas impersonales. Y los exponentes de estas teorías no siempre figuras religiosas. Las ideas de Hegel sobre la Historia se asemejan a veces a las de un San Agustín secularizado y racionalizado. Las teorías sobre el Romanticismo de Vico y Herder y la tesis en la que Naciones e Ideas son personificadas, o la teoría de que los grandes hombres son el producto de una fuerza sobrehumana, que en una forma u otra respaldan Ranke, Carlyle y Michelet, son otros ejemplos de esta tendencia metafísica que es parte de la naturaleza humana y que no se deben siempre al ejemplo de las ciencias naturales.

Sin embargo, es bueno recordar que la asociación de los fenómenos de las ciencias naturales con el proceso histórico data de antes de Hegel, pues se muestra, tímidamente es verdad, en los escritos de Montesquieu y Condorcet. Mas no cobra verdadera fuerza sino un siglo después cuando Augusto Comte elaboró su filosofía positivista. Isaías Berlin en su ensayo, dedicado a la memoria de Comte, elogia al filósofo positivista y reconoce lo que la historiografía le debe a los estudios sociológicos hechos en tiempos recientes, pero enfatiza que el positivismo reforzó el enfoque determinista de la Historia.

Hoy día la inmensa mayoría de profesionales de la Historia repudia el determinismo histórico al considerarlo como una falacia más. El intentar identificar el proceso histórico como una concatenación de hechos que se suceden en forma inevitable, causados por fuerzas sobrehumanas o impersonales que operan dentro de las sociedades humanas independientemente de los deseos y esfuerzos de los miembros individuales de esas sociedades, es algo que el historiador profesional rechaza de plano. A las teorías deterministas sus exponentes las visten con numerosos ropajes y entre otros tenemos: teleológicos, metafísicos, mecanicistas, religiosos, estéticos, científicos, económicos, y otros afines.

Isaías Berlin hace una distinción entre la escuela optimista del determinismo histórico, representada por Comte, quien vislumbra

un mundo ordenado cuyos miembros encuentran su felicidad cumpliendo con sus obligaciones y funciones, y una escuela pesimista en la que incluye a Hegel y Marx porque dichos pensadores consideran las catástrofes y la destrucción como etapas inevitables de progreso. Pero quizás sería más justo reemplazar a Hegel y Marx por Spengler y Toynbee como importantes representantes de esta escuela pesimista de determinismo histórico.

Todos los representantes de esta escuela están de acuerdo en los aspectos básicos y fundamentales de la misma. Para ellos el mundo marcha en determinada dirección y está gobernado por leyes. Si se emplean los métodos correctos de investigación, piensan los adherentes de estas teorías, esas leyes y esa dirección se pueden descubrir. Y las descubren quienes se dan cuenta que las vidas, el carácter y los actos de los individuos, tanto mentales como físicos, están regidos por el "todo" al cual pertenecen y que la evolución independiente de ese "todo" constituye las llamadas "fuerzas", y para analizar la dirección de las fuerzas sólo una verdadera historia científica o filosófica se puede formular.

Y ¿cuál es la razón por la cual el historiador profesional considera esta teoría como una falacia más? Es bueno notar que no es el determinismo el que se considera una falacia, sino que su aplicación a la Historia es, no cabe duda, un método engañoso, falso e imposible. De acuerdo con Berlin la tradicional y antigua controversia entre la libre voluntad y el determinismo permanece todavía como patrimonio de filósofos y teólogos, pero nunca de historiadores para quienes el determinismo sencillamente no es asunto vital ni serio. Si los asuntos humanos obedecen a leyes y se desarrollan en forma ordenada en la cual toda acción y todo pensamiento humanos son factores que determinan y son determinados a su vez, es sólo una fuerza con características de omnisciencia la que podría discernir una norma o patrón y asignar a cada partícula humana su lugar en ese esquema. El conocimiento del historiador no tiene ninguna conexión con fuerzas omniscias, ni él está preparado para analizarlas.

Las construcciones deterministas que a veces nos presentan algunos historiadores, un proceso histórico que nos lleva de una a otra conclusión inevitable hasta el final, un final que desconocen los actores de este proceso histórico pero que el historiador sabe de antemano, no es más que algo que existe únicamente en la mente del historiador, quien, mediante el empleo de un arbitrario e impreciso proceso de selección, amolda ese pasado impenetrable e indómito para conformarlo a sus falsas teorías. Esto es lo que hace Toynbee. Y eso no es Historia.

El determinismo histórico es una falsedad, pues inconsistente con el sentido común que utilizamos al contemplar y estudiar los asuntos humanos. Un consistente y estable determinismo en la Historia es sencillamente una imposibilidad. El sentido común nos

indica que la inevitabilidad y exactitud de una demostración algebraica no se puede aplicar a los asuntos humanos y los asuntos humanos constituyen la materia, el tópic esencial de la Historia.

Pero además de ser una falacia el determinismo histórico puede llegar a ser extremadamente peligroso, pues nos exonera de la responsabilidad individual por cualquier acto. Engendra, como es natural, conformidad, sumisión, reginación hacia las misteriosas e incontrolables fuerzas que los deterministas presentan a un público sumiso y aterrado, como las amas y dueñas de su destino. Entre los que exponen tan falsas teorías no se encuentran sólo historiadores y filósofos de la Historia; también hay que incluir a los sociólogos de diferentes escuelas, quienes presentan argumentos científicos en respaldo de un determinismo histórico que pretende excluir la responsabilidad personal. El trabajo de esos sociólogos, útil en ciertos aspectos, ha servido para crear una especie de mitología sociológica repleta de fuerzas omnipotentes, ya sean del bien o del mal. Para solo citar algunos ejemplos tomados al azar de algunos de sus escritos mencionaré los siguientes: El Espíritu Colectivo, el Mito del Siglo XX; El Colapso Contemporáneo de Valores; La Crisis de Fe; La Última Etapa del Capitalismo, etc.

No resulta difícil imaginar a qué se debe la atracción que las teorías sobre el determinismo histórico ejercen sobre muchas personas. El mismo Berlín nos explica cuál es la reacción natural de estas personas. En un principio se pueden sentir cohibidas ante nuevas divinidades deterministas y buscan afanosas los libros sagrados y los sacerdotes de este nuevo culto que les ofrezcan la confianza que necesitan. No cade duda, también, de que el descubrimiento de estas fuerzas terribles e impersonales estas "deus ex machina", hacen la vida mucho más peligrosa, pero si no sirven para ningún otro propósito, al menos liberan a sus víctimas del fardo moral que los hombres en épocas menos avanzadas se veían obligados a llevar.

Las dudas agonizantes acerca de la conducta de individuos apesados en crisis históricas y el sentimiento de culpabilidad, remordimiento y desesperación que acompañan a esas reflexiones, les son quitadas por las teorías deterministas, que se convierten en el "passe partout" de la liberación moral. Se liberan de la neurosis que produce tener que escoger entre delicadas alternativas, pues donde no hay elección no hay ansiedad. Y siempre existirán seres humanos que prefieran la paz y tranquilidad de la prisión, un sentimiento de seguridad y de haber alcanzado por fin su sitio en el cosmos, a tener que enfrentarse a dolorosos conflictos y a las perplejidades de la desordenada libertad de ese mundo que existe fuera de los muros de una prisión. Por todo ello, por el deseo de abdicar responsabilidades, de no tener que emitir juicios, es por lo que la interpretación determinista de la Historia cuenta con tantos adeptos. Y lo más peligroso es que convierte a estos adeptos en fa-

náticos para quienes no existen escrúpulos morales de ninguna clase. Debemos dar gracias que, por lo menos en muchos países de Occidente, esos mitos sociológicos no han podido sofocar la energía y vitalidad que representan la libertad para argumentar y dudar, la libertad de crítica y el espíritu científico.

Y para concluir esta extensa exposición, por lo cual pido excusas, yo diría que el historiador de hoy debe recobrar su confianza y rechazar a aquellos que sin conocer la técnica, los métodos y los objetivos de la Historia, pretenden dictarnos pautas. Algunos filósofos, que nunca han intentado escribir historia, a veces declaran que no puede existir y que el pasado está más allá de nuestro entendimiento, pues todo el conocimiento e información que sobre él poseemos, son subjetivos. En su opinión, el historiador selecciona un material documental incierto y establece patrones de acuerdo con prejuicios personales. Esto a veces sucede, pues historiadores doctrinarios sí existen por doquier: liberales, deterministas, progresistas, marxistas y aquellos otros que distorsionan la Historia empleando técnicas ajenas a esta disciplina o mediante el uso de equivocadas fórmulas sociológicas, analogías antropológicas y métodos psicológicos y utilizando estadísticas espurias, vocabularios inadecuados y otras falsedades.

Pero nuestros críticos con frecuencia van demasiado lejos, ya que el pasado se puede descubrir, siempre y cuando el historiador reconozca la autonomía de su disciplina y la mantenga independiente e inviolada de otras disciplinas, aun cuando acepte sus valiosas contribuciones. Mientras no trate de introducir en su estudio teorías personales ni se deje llevar por la popularidad literaria. Y al referirme a la popularidad literaria no deseo caer en la pedantería de un crítico de Huizinga que le aconseja que escriba en forma más simple, como propio de un historiador calmado, pues los laureles literarios tienen siempre un color sospechoso para el historiador. Mientras emplee únicamente métodos profesionales e imaginativos en sus trabajos de investigación. El profesionalismo debe constituir el ideal de todo historiador. Adiestramiento profesional, habilidad profesional y actitudes profesionales: con ello se puede eliminar la subjetividad en el estudio del pasado y llevarnos a la objetiva verdad histórica.

Los historiadores aficionados que desconocen por completo el método histórico deben ser desechados antes que causen mayores males de los que ya han causado. Y volviendo a este tema del método histórico podemos decir para terminar, lo siguiente:

El método histórico no es sino el efectivo mecanismo que permite extraer de lo que el pasado ha dejado los verdaderos hechos y sucesos de ese pasado y, hasta donde es posible, su verdadero significado e interrelación. Todo ello se debe inspirar en el principio de entendimiento histórico de que el pasado debe ser estudiado por derecho propio, "per se", en sus propios términos y en su relación

con el presente. Es una forma de aprovechar la evidencia mediante un sistema riguroso y exacto y jamás se debe confundir con el enfoque basado en el sentido común que emplea un escritor inteligente, pero sin la debida preparación histórica.

Sólo empleando este método el historiador está haciendo realidad su vocación, su disciplina profesional, su objetivo.

Sólo así merece el respeto y la admiración de quienes lo leen.

#### OBRAS CONSULTADAS

- ACTON, Lord: *Lectures on Modern History*. London 1961.  
BECKER, Carl: *Everyman His Own Historian*. New York, 1936.  
BERLIN, Isaiah: *Historical Inevitability*, London, 1954.  
BERLIN, Isaiah: *Karl Marx, His Life and Environment*. Oxford, 1971.  
BERNHEIM, Ernst: *Introducción al Estudio de la Historia*. Barcelona, 1937.  
BIRLEY, Robert: *The Undergrowth of History*, London, 1969.  
BLOCH, Marc: *Introducción a la Historia*. Méjico, 1957.  
BOBER, M. M.: *Karl Marx's Interpretation of History*. New York, 1965.  
BURCKHARDT, Jacob: *Judgements on History and Historians*. London, 1959.  
BUTTERFIELD, Herbert: *The Whig Interpretation of History*. London, 1973.  
CARR, Edward H.: *What is History*. Hardmonsworth, 1968.  
COBRAN, Alfred: *Historians and the Causes of the French Revolution*. London, 1972.  
COLLINGWOOD, R. G.: *The Idea of History*. London, 1961.  
COMMAGER, Henry S.: "The Discipline of History" in *The Great Ideas Today*. Chicago, 1972.  
CROCE, Benedetto: *History as the Story of Liberty*. New York, 1965.  
CHADWICK, Owen: *Freedom and the Historian*. Cambridge, 1969.  
ELTON, G. R.: *The Practice of History*, London, 1969.  
ELTON, G. R.: *The Future of the Past*. Cambridge, 1968.  
ENCYCLOPEDIE DE LA PLEIADE: *L'Histoire et ses Méthodes*. París, 1961.  
GAY, Peter: "The History of History" en *HORIZON*. New York, Otoño, 1968.  
GEYL, Pieter: *Encounters in History*. London, 1967.  
GEYL, Pieter: *Debates with Historians*. New York, 1964.  
GOTTSCHALK, Louis: *Understanding History*, New York, 1950.  
HALE, J. R.: *The Evolution of British Historiography*. London, 1967.  
KIRN, Paul: *Introducción a la Ciencia de la Historia*. Méjico, 1961.  
KOHN, Hans: *Consideraciones sobre Historia Moderna*. Méjico, 1965.  
MARAVALL, José A.: *Teoría del Saber Histórico*. Madrid, 1958.  
MARWICK, Arthur: *The Nature of History*. London, 1968.  
MARX, Carlos: *La Guerra Civil en Francia*. Barcelona, 1968.  
MAZLISH, Bruce: *The Riddle of History*, New York, 1956.  
MOSCOTE, Rafael: *Páginas Nacionales*, Panamá, 1961.  
NEVINS, Allan: *The Gateway to History*. New York, 1962.  
PALACIO-ATARD, Vicente: *Menéndez Pelayo y la Historia*. Valladolid, 1966.

- PARDO-TOVAR, Andrés: *Historia de la Filosofía y Filosofía de la Historia*. Bogotá, 1970.
- PLUMB, J. H.: "The Sorry State of History" en *Horizon*, New York, Sept. 1968.
- POPPER, K.R.: *The Poverty of Historicism*. London, 1961.
- ROWSE, A. L.: *The Use of History*. London, 1946.
- RUDE, G.: *Interpretations of the French Revolution*. London, 1972.
- SHOTWELL, James: *The Faith of an Historian*. New York, 1964.
- SHOTWELL, James: *The History of History*. New York, 1939.
- SMITH, Page: *The Historian and History*. New York, 1964.
- TREVOR-ROPER, Hugh: *The Romantic Movement and the Study of History*. London, 1969.
- WALSH, W. H.: *Philosophy of History*. New York, 1960.

Fragmento de "La Historia como disciplina profesional", en revista *Lotería*, No. 234, pp. 16-35, agosto de 1975.

## CRITERIO HISTORIOGRAFICO PARA UNA HISTORIA DEL PENSAMIENTO AMERICANO\*

Por RICAURTE SOLER

Entre dos opuestos criterios, que a continuación estudiaremos, ha oscilado y oscila la historiografía del pensamiento americano --nos referimos a Iberoamérica-- dando así origen a corrientes divergentes de interpretación. Poco analizados sus supuestos gnoseológicos, conviene intentar una aproximación a los mismos que ponga de manifiesto no sólo el substratum epistemológico sino también las implicaciones ontológicas de los referidos criterios.

Reiteradamente ha sido observada por los historiadores de las ideas en América la íntima relación existente entre los fenómenos socio-económicos y políticos y las formulaciones conceptuales que surgen en el campo de la teoría filosófica, sociológica o literaria. A partir de los primeros intentos de historiar el pensamiento hispanoamericano, hasta los más recientes, estas relaciones han sido señaladas con insistencia.

Ya, desde principios de siglo, afirmaba Francisco García Calderón el contenido político de la Filosofía en Latinoamérica: "Ces divers courants --empirisme anglais, éclectisme français, benthamisme-- ne constituent pas de mouvements intellectuels profonds. Il remplacent la scolastique caduque. On veut une ideologie politique aux luttres pour le pouvoír" (1). Más recientemente, un estudio norteamericano del pensamiento de la América Latina reconoce que su problemática filosófica surge directamente de las modalidades propias de las sociedades latinoamericanas (2). El fenómeno, es, pues, reconocido. Varían, sin embargo, las interpretaciones del mismo.

Acostumbrados al estilo de la historiografía filosófica europea del siglo pasado y de las primeras décadas del presente, muchos estudiosos de la filosofía en América adoptaron los criterios al uso a través de monografías cuyo objeto habría de ser la erección --inconsciente e inorgánicamente presentida-- de una historia de las ideas fundamentadas en las relaciones de ideas a ideas, de filosofe-

Conferencia Inaugural del Curso de Historia de las Ideas en América. Universidad de Panamá, Verano de 1958.

- (1) GARCIA CALDERON, Francisco: *Les Démocraties Latines de l'Amérique*. Bibliothèque de Philosophie Scientifique Ernest Flammarion, Editeur. París, 1912. p. 252.
- (2) CRAWFORD, William Rex; *A Century of Latin American Thought*. Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts (Second Printing), 1945. p. 4-5.

mas a filosofemas, de sistemas a sistemas. Este tipo de investigación historiográfica, certeramente caracterizado por Jacques Maquet, profesor de la Universidad de Lovaina, como una "historia inmanente de las ideas" (3), y que nosotros preferiríamos denominar historia intelectualista del pensamiento, hubo de conducir, dada la relativa inconsistencia teórica de la Filosofía en América, a conclusiones negativas: El pensamiento hispanoamericano no es más que un "reflejo", una copia caricaturesca del pensamiento europeo; no hay autenticidad en las ideas americanas. ¿Acaso, existe realmente una filosofía americana? Algunos, impulsados por un sentimentalismo americanista, se dieron a la difícil tarea de encontrar genios inéditos en nuestra cultura o, en su defecto, a formular "sutiles" distinciones: No hay filosofía de América, pero hay filosofía en América. En todos los casos los resultados de este tipo de investigación parecen concordar con las críticas hechas por Papini relativas a la "esterilidad" de la cultura latinoamericana, y con la aseveración de Bertrand Russell: *Latinoamérica no ha pensado* (4).

Independientemente de las conclusiones a que pueda llegar esta corriente historiográfica detengámonos brevemente a señalar sus supuestos gnoseológicos y ontológicos, no siempre explícita y conscientemente formulados.

No es mera coincidencia que la obra histórica de Wilhelm Windelband, representante caracterizado de la historiografía inmanente de las ideas, y que las conclusiones negativas de Francisco García Calderón, divulgador del idealismo y de la filosofía de la contingencia, estén enmarcados por los postulados idealistas de ambos autores. Una secuencia conceptual conduce el idealismo hacia las formulaciones estereotipadas de la historia intelectualista de las ideas.

En su formulación subjetiva y objetiva el idealismo implica la determinación de la realidad por el pensamiento. A través de una razón según las categorías lógicas aristotélicas, o a través de una razón según los principios de la razón dialéctica hegeliana, la determinación de la realidad por el pensamiento conduce en lo histórico como en lo historiográfico al postulado de la primacía del espíritu. No escapan a este postulado ni aun los dualismos, aristotélicos, escolásticos o cartesianos. La aceptación de una realidad independiente del espíritu no puede hacerse en tal supuesto sin reconocer paralelamente la autonomía de este último. Independien-

(3) MAQUET, Jacques J.: *Sociologie de la Connaissance. Sa Structure et ses Rapports avec la Philosophie de la Connaissance. Etude Critique des Systèmes de Karl Mannheim et de Pitirim A. Sorokin.* Collection de l'Institut de Recherches Économiques et Sociales de l'Université de Louvain. E. Nawelaerts, éditeur. Louvain, 1940.

(4) Respuesta de Bertrand Russell al ser requerido por la exclusión de que hizo objeto al pensamiento latinoamericano de su *Historia de la Filosofía Occidental*.

temente de las soluciones teológicas o filosóficas relativas al problema de la inteligibilidad de una realidad exterior al espíritu, éste conserva una autonomía que puede manifestarse históricamente: 1) En la revelación de una verdad, o en su descubrimiento por filósofos determinados. En este caso toda historia, y consecuentemente toda historiografía, queda reducida a una comparación con la verdad ya adquirida. 2) En una expresión siempre perfectible e inacabada de las posibilidades del espíritu. En este caso una historia y una historiografía auténtica se hace posible aunque limitada a meras intelecciones y filosofemas. La realidad sigue siendo determinada por el pensamiento y éste, conservando su autonomía, se hace esencialmente impermeable a toda determinación extra-intelectual y extralógica. El criterio historiográfico queda así reducido a la exaltación de las virtualidades propias del espíritu que se han manifestado y continuarán manifestándose inéditas del espíritu a través de la historia, ha de constituir consecuentemente, la piedra de toque de la investigación histórica. No hay lugar para el pensamiento no original; no hay lugar para el pensamiento hispanoamericano tal como éste se ha manifestado históricamente.

Frente a la concepción intelectualista, o si se quiere, immanente, de la historia del pensamiento, ha alcanzado cierta vigencia en Hispanoamérica otra concepción cuyas raíces materialistas, formuladas unas veces, ocultadas hipócritamente otras, son evidentes. El devenir del espíritu se concibe en este caso como condicionado y determinado por la realidad. Lo extra-lógico, lo extra-intelectual adquiere así una significación fundamental. A partir de la época moderna hasta llegar a nuestros días esta concepción, que irrumpe en el empirismo inglés, se ha desarrollado paulatinamente. Hans Barth (5) ha trazado su historia. Entre sus momentos principales incluye las siguientes: A) La teoría de los Idolos de Bacon y el "desenmascaramiento de prejuicios" durante la Ilustración. Los ídolos de Bacon, como los prejuicios de que nos hablan los filósofos ilustrados, son factores no racionales que alteran el fecundo desenvolvimiento de las ciencias naturales (Bacon) y "el orden estatal y social basado en el derecho natural y la razón" (filósofos ilustrados). B) La teoría de la consciencia ideológica de Marx. Filosofía, Ciencias Sociales, Artes, etc., reflejan los intereses de las clases sociales en pugna; son mistificaciones, "ideologías", que encubren en diferentes momentos de la historia la autoenajenación del hombre a partir de la división social del trabajo. C) La concepción de Nietzsche de la filosofía como "arte de desconfiar". La filosofía es expresión de un poderoso impulso psicológico: la voluntad de poder. Esta expresión deja de ser una mistificación social, como en Marx, para convertirse en una mistificación psicológica.

(5) Cfr. BARTH, Hans: *Verdad e Ideología*. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

El progresivo reconocimiento de un contenido extralógico en toda estructura conceptual, el paulatino reconocimiento de las incidencias de lo racional en el pensamiento, condujeron a principios de siglo a una nueva fundamentación anti-intelectualista de los postulados gnoseológicos de una historiografía del pensamiento filosófico. Se trata, según la gráfica expresión de Emile Bréhier, de una "Historia Horizontal" de la filosofía (6). Con base marxista heterodoxa surge una sociología del conocimiento materialista. La autonomía de la razón —el pensamiento es ahora una variable dependiente— es desvirtuada por las determinaciones del ser, de la realidad —considerada como variable independiente—. Los condicionamientos objetivos, particularmente en tanto que condicionamientos sociales, explican la evolución del espíritu. Lo social, como nivel integrativo de una realidad que deviene dialéctica y no mecanicísticamente, y en tanto que estrato cualitativamente diferenciado de una realidad objetiva determinante, es reconocido como el factor de explicación más inmediato del sentido y dirección del espíritu. Es dentro de esta corriente que Karl Mannheim ha sistematizado los fundamentos gnoseológicos de la sociología del conocimiento: "para abordar la sociología del conocimiento, intencionalmente, no se toma como punto de partida al individuo aislado y su pensamiento para elevarse después, como lo hacen los filósofos, a las abstractas regiones del 'pensamiento en sí'. La sociología del conocimiento se esfuerza más bien en captar el pensamiento dentro del marco de una situación, histórico social, de la cual emerge poco a poco el pensamiento individualmente diferenciado" (7).

No han faltado intentos de estructurar, frente a una sociología del conocimiento materialista, una sociología del conocimiento idealista. Este es el caso del ruso-americano Pitrim A. Sorokin. Aunque varíe en apariencia la metodología de una historiografía de las ideas en ella fundamentada, las proyecciones reales de este tipo de sociología —en comparación con la historia inmanente de las ideas— no habría de variar substancialmente en el supuesto de su aplicación a la historia de las ideas en América. Ya es bastante significativo que Sorokin haya pasado por alto en su teoría de los ciclos culturales las modalidades propias del pensamiento hispanoamericano. Una diferenciación en ciclos del proceso evolutivo del espíritu, considerado éste como variable independiente, ha de

(6) BREHIER, Emile: "De l'Esprit de l'histoire de la philosophie et des sciences en France". En la obra colectiva: *L'Activité Philosophique Contemporaine en France et aux Etats-Unis*. Etudes publiées sous la direction de Marvin FARBBER. Tome Second, Presses Universitaires de France. Paris, 1950, p. 73.

(7) MANNHEIM, Karl: *Ideología y Utopía. Introducción a la Sociología del Conocimiento*. Fondo de Cultura Económica. México, 1941, p. 2-3. Cfr. también del mismo autor: *Essays on the Sociology of Culture*. Routledge & Kegan Paul Ltd. London, 1956.

recurrir necesariamente al criterio de la originalidad, al criterio de las virtualidades del espíritu que se concretan en el pensamiento de grandes individualidades.

Mayor fuerza presenta, empero, una sociología del conocimiento fundamentada en el irracionalismo contemporáneo particularmente en su modalidad existencialista. El esfuerzo gnoseológico por superar el binomio Sujeto-Objeto, Pensamiento-Realidad, Idealismo-Materialismo, habría de proyectarse en el conocimiento sociológico en el sentido del reconocimiento de "situaciones" existenciales dentro de las cuales encontrarían su explicación sistemas y conceptualizaciones filosóficas. No podemos adentrarnos en el sentido de la polémica marxista-existencialista (8). Señalemos simplemente el paralelismo existente entre las interpretaciones concretas que de la historia del pensamiento filosófico han realizado los marxistas por una parte y Sartre por la otra (9).

Los párrafos que anteceden tienen por objeto señalar los postulados gnoseológicos y ontológicos de una historiografía intelectualista y de una historiografía materialista de las ideas en América. No es, pues, consecuente con su decantada imparcialidad el clásico tipo de profesor universitario latinoamericano que exponiendo doctrinas —sin prohiar ninguna— desde el punto de vista de la historia inmanente de las ideas, ignora o pretende ignorar el fundamento intelectualista e idealista de su exposición. No hay imparcialidad posible en filosofía. En Latinoamérica, los supuestos de una sociología del conocimiento materialista han dado origen a investigaciones fecundas. Desde José Ingenieros hasta Leopoldo Zea trabajos monográficos y de conjunto van revelando el sentido y la significación histórica de las ideas en América. La interrogación sobre la autenticidad de nuestra cultura es ociosa; esa autenticidad no radica en las concreciones de ningún "espíritu objetivo" sino en las modalidades particulares de una realidad que condiciona y determina pensamientos y filosofemas. La historiografía de las ideas en América comienza. Las premisas ontológicas y gnoseológicas que se adopten probarán su operancia y fecundidad en el terreno mismo de los problemas históricos concretos que estas premisas ayuden a resolver.

- (8) Cfr. LUKACS, Georges, *Existentialisme ou Marxisme?* Les Editions Nagel, París, 1948.
- (9) SARTRE, Jean Paul: "Questions de Méthode. I. Marxisme et Existentialisme". En *Les Temps Modernes*, 13<sup>o</sup> année, No. 139.

En Estudios sobre historia de las ideas en América, 3a. edición, Centro de Impresión Educativa, Panamá, 1979.